



► Josep Maria Pou, en un momento de la versión de la novela de Herman Melville que ofrece el Teatre Goya.

Y Pou abatió a la ballena

CRÓNICA El ilustre actor se vacía como el capitán Ahab de 'Moby Dick'

|| JOSÉ CARLOS SORRIBES
BARCELONA

Exactamente 7.944 palabras. Son las que debía memorizar para la versión teatral de *Moby Dick*. Lo detalló Josep Maria Pou en una de sus colaboraciones en este diario para explicar cómo se sentía ante el reto. Más o menos como el capitán Ahab en su descerebrada obsesión por derrotar a la ballena blanca, el enorme cetáceo que un día le segó una pierna. Si en la novela de Herman Melville el suicida protagonista no culmina su propósito, sí lo hace el actor en el Teatre Goya. Pou abate a *Moby Dick* en una interpretación enorme. La propia de una celebración por adelantado, los cumple en octubre, de sus 50 años en la profesión. Aventurarlo puede parecer atrevido, pero el actor de Mollet deja en *Moby Dick* su legado, una manera muy personal de vivir e interpretar el teatro, a través de un personaje, grande, que le faltaba en su colección.

Pou es Ahab en cada uno de sus gestos, miradas, desplantes. Imponente, es un actor poseído por un

personaje extremo, febril, un hombre de «locura enloquecida», como se dice en la excelente versión teatral a cargo de Juan Cavestany. En menos de 90 minutos se destila toda la metafísica de la novela de Melville, de unas 700 páginas de extensión, más que su espíritu aventurero, que también lo hay. Si Cavestany nos acerca hasta las simas de la personalidad insondable de Ahab, la efectiva puesta en escena de Andrés Lima nos sube al *Pequod*, el barco ballenero que capitanea el protagonista de la historia.

VÍDEO OCEÁNICO // Los espectadores de las primeras filas del Goya pueden incluso sentirse como si estuvieran a bordo. La escenografía de Beatriz San Juan así lo provoca, igual que una iluminación y sonorización impactantes. Además, la proyección de vídeo en una gran pantalla de fondo transporta hasta los océanos en esa obsesiva persecución de la ballena blanca. Es la de Lima una propuesta atmosférica, envolvente, que conduce al público a surcar los ma-

res entre ballenas, cachalotes, tifones, arpones y naufragos.

Y también es un espectáculo, por el peso literario de la novela, en el que se rinde culto a la palabra. Es casi un monólogo de su protagonista, bien acompañado por Óscar Kapoya y Jacob Torres, que se reparten los roles de los tripulantes-víctimas de Ahab. Lima presenta a Kapoya en el papel de Pip como un joven encorvado, de andares simiescos. Sorprende, sin duda, aunque en los balleneros de la época seguro que había tripulantes con esa fisonomía.

El cierre está a tono con la intensidad de los mejores momentos de la obra en una magnética solución para presentar el gran duelo. Se logra mediante una enorme tela blanca que, agitada por ventiladores que mueven Kapoya y Torres, se convierte en el cetáceo -ojo vigilante incluido- que acaba por abatir a Ahab, absolutamente abocado a su tarea suicida. Pou se retira entonces, al fondo de la escena, tras un *tour de force* que le deja casi sin resuello para recoger unos merecidos aplausos. ≡